

## **EL VALOR DE LA PESETA (1868-2001)**

### **Palabras del Excmo. Sr. D. Fabián Estapé**

La figura de Laureano Figuerola —a pesar de existir alguna apreciable tesis doctoral— sigue pendiente de una aproximación que explique las sucesivas manifestaciones, con respecto al comercio exterior, de quien ha pasado a la Historia de España como creador —el 19 de octubre de 1868— de la nueva unidad monetaria nacional: la peseta. No es éste el motivo de esta comunicación. Me interesa más, mucho más, analizar las sucesivas creencias y manifestaciones de Laureano Figuerola con respecto a la cuestión crucial —a mediados del siglo *xx*—, y que, sobre todo en Cataluña, giraba en torno a los diversos criterios que chocaron unos contra otros con referencia a los medios más idóneos para «proteger» el núcleo de la industrialización que se había aglutinado en el viejo Principado.

Llegado a este punto, he de referirme a una circunstancia que suele olvidarse: desde el final de la Guerra de Sucesión, la ciudad de Barcelona se vio privada de su Universidad; con otras del Principado, fue englobada en la poco estudiada Universidad de Cervera. No estará de más reclamar de los ínclitos historiadores, que tantas lecciones dan desde la Real Academia de la Historia, que se auspicie una o diversas tesis doctorales —serias y a prueba de valoración crítica— sobre los resultados de dicha Universidad, que hasta 1837 no pierde su carácter monopolista y reivindicativo. Lo que hace falta recordar, aquí y ahora, es que la falta de la Universidad de Barcelona trató de ser compensada sobre todo en las aulas circunstanciales de la Lonja o Cámara de Comercio.

El Arancel de 1869, que ha sido estudiado seriamente por el Académico correspondiente José María Serrano Sanz, nos aporta la última y definitiva fase de la evolución de Laureano Figuerola. No se trata sólo de un Arancel que levantara ronchas en Cataluña, y también, como se decía, en las fábricas situadas en «terceros pisos» en Madrid, se trata de una nueva visión, marcadamente progresista, en la cual no sólo se reconoce el papel fundamental de las importaciones para el desarrollo de la economía española, sino que se destierra la idea —tan «patriótica»— de que los Aranceles tenían que ser un manto protector y «eterno». Por esta razón, después de recapacitar sobre las fases anteriores del pensamiento de Laureano Figuerola, la idea misma de la Base 5.<sup>a</sup> encierra la concepción del «proteccionismo dinámico» y de la obligación de ir adecuando las estructuras productivas a la necesidad nacional.

Valga, como punto final, el cúmulo de efectos negativos que aportaron a la economía española los criterios canovistas que se centraron en la abolición de la Base 5.<sup>a</sup>, seguramente para conseguir apoyos de otros estamentos de la economía española. Es muy sensible comprobar, hoy en día, que la respetable evolución del pensamiento económico de Laureano Figuerola Ballester quedara cubierta por criterios, a corto plazo, tan nefastos para nuestra economía, y de ahí que más de una vez, cuando leo y releo los dictámenes de Don Antonio Flores de Lemus, veo que cuando llega la hora de inventariar la derrota, no deja de imprecisar a los que tienen «la panza repleta de Aranceles».

En cualquier caso, y esto le honra, no fue culpa de Laureano Figuerola Ballester.

La enseñanza de la Economía Política, que se estimaba necesaria, fue confiada al fraile Eudaldo de Jaumeandreu. En sus cursos figuraron la mayoría de los alevines de economistas de la época. Jaumeandreu, a pesar de haber conocido, por ejemplo, la obra de Richard Cantillon, predicaba una doctrina cerrada, en defensa de la primera industrialización de España, y ello le llevaba a una postura rígida: la del sistema *prohibicionista*. No existía otro medio más radical y eficaz, creía el buen fraile, que decretar la «prohibición», especialmente de aquellos productos nacidos en las primeras concentraciones industriales (un caso típico es el de la fábrica Bonaplata), y no es de extrañar que sus alumnos —entre ellos, desde luego, Laureano Figuerola Ballester— abrazaran la doctrina «prohibicionista». Uno de los trabajos, debidamente premiado, nos revela un Laureano Figuerola completamente distante del que la Historia recoge años después.

La carrera docente de Laureano Figuerola le llevó a la reconquistada Universidad de Barcelona, y concretamente a su Facultad de Derecho. De esta época

recogemos la primera y gran evolución del pensamiento de Laureano Figuerola. Convencido de la imposibilidad de sostener la «prohibición» y procurar, a la vez, la exportación, no vaciló en abandonar el «prohibicionismo» para adoptar —con toda clase de cautelas— una posición que sólo puede definirse como «proteccionista». En sustancia, se trataba de cuidar el desarrollo de la «industria naciente», recargando el precio de las mercancías susceptibles de competir con las autóctonas. Pero se daba, por vez primera en esta tierra, el reconocimiento de la trascendencia del comercio internacional en la gran tarea de desarrollar el país. Por lo que sabemos —aun cuando faltan hoy en día muchos materiales—, las actividades docentes de Laureano Figuerola, como Catedrático de Economía Política, fueron todo menos placenteras. Algunos sectores, singularmente los «fabricantes» que habían financiado la vieja Cámara de Comercio, consideraban a Laureano Figuerola un «traidor a los intereses de las empresas, singularmente textiles». Carreras ha narrado algunas de las experiencias —clases boicoteadas— que motivaron la «exportación» de Laureano Figuerola a la Villa y Corte. También por esta razón le encontramos entre los fundadores, y en su día Presidente, de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

En mis estudios no muy recientes sobre la vida y la obra de Ildefonso Cerdà (*El Ensanche de Barcelona*) pude comprobar la sucesiva instalación en Madrid de catalanes de talante liberal y que, en su día, habían sido considerados «renegados». Valga un recuerdo: Ildefonso Cerdà designa a Laureano Figuerola como su primer albacea testamentario. En aquellos años (mi información primera la debo a nuestro compañero Gonzalo Fernández de la Mora) los informes al general Ramón María de Narváez que envía desde París Alejandro Mon y Menéndez, Embajador de España, se ciñen, principalmente, a los desplazamientos y reuniones de aquellos que, bajo el mando del reusente Juan Prim y Prats, consiguen en septiembre de 1868 derrocar a Isabel II.

De este modo resulta más fácil comprender la enorme productividad —por lo menos en el terreno de la política económica— que consigue Laureano Figuerola en octubre de 1868, creando la peseta y, mucho más todavía, con el Arancel de 1869.

